En una tierra en guerra, había un rey que causaba espanto. Siempre que hacía prisioneros, no los mataba, los llevaba a una sala donde había un grupo de arqueros de un lado y una inmensa puerta de hierro del otro, sobre la cual se veían grabadas figuras de calaveras cubiertas de sangre. En esta sala el rey les hacía formar un círculo y les decía: "Ustedes pueden elegir entre morir atravesados por las flechas de mis arqueros o pasar por esa puerta misteriosa".

Todos elegían ser muertos por los arqueros. Al terminar la guerra, un soldado que por mucho tiempo sirvió al rey se dirigió al soberano y le dijo:

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta? Y le responde el rey:
—Dime soldado.
—¿Qué había detrás de la horrorosa puerta?
—Ve y mira tú mismo… Respondió el rey.

El soldado entonces, abrió temerosamente la puerta y, a medida que lo hacía, rayos de sol entraron y aclararon el ambiente... y, finalmente, descubrió sorprendido que la puerta se abrió sobre un camino que conducía a la libertad. El soldado admirado sólo miró a su rey que le decía:

—Yo daba a ellos la elección, pero preferían morir que arriesgarse a abrir esta puerta.

El relato de la resurrección de Jesús muestra a unas mujeres para quienes su única preocupación era ¿quién les moverá la horrorosa puerta de entrada al sepulcro? Para nosotros, en cambio, tiene que ser de gran preocupación otra pregunta: ¿Qué hay detrás de esa horrorosa puerta del sepulcro?

El Evangelio del día de hoy nos quiere ayudar a encontrar esa respuesta y nos invita a ‘ver’. Este verbo ‘ver’, aparece en cuatro versículos del evangelio de hoy. Veamos.

“Levantando los ojos, ven que la piedra estaba removida” (v.4). La fe consiste en mirar a lo alto y contemplar. Es necesario levantar los ojos, mirar hacia arriba. Jesús fue levantado en la cruz, hay que mirarlo a él. Somos seres que miran al cielo, y no que clavan los ojos en el suelo. Nuestro horizonte debe ir más allá y más arriba. No podemos dejarnos engolosinar por los atractivos del mundo. Seamos más espirituales y valgámonos de las cosas materiales para conquistar el cielo. Vivamos con los ojos fijos en el Señor.

“Entrando al sepulcro vieron a un joven sentado” (v. 5). La fe consiste en escuchar la voz del Mensajero divino y creer. El ángel está sentado, dispuesto a anunciar. Su mensaje es contundente: Jesús de Nazaret, el crucificado, ha resucitado. Esa es la única verdad que necesitamos creer y que nos salvará. Propongámonos oír más de Jesús, pero, sobre todo, a oír más al mismo Jesús. Él no es un fantasma, no produce miedo, no hace daño. No se asusten.

“Vean el lugar donde lo pusieron” (v 6). La fe consiste en mirar la tumba vacía y asombrarse. Jesús no está muerto, ha resucitado. Eso debe producir admiración, alegría, asombro, porque han quedado derrotados el pecado y la muerte. Eso no lo puede hacer ningún humano, solo Dios puede vencer al mal. Jesucristo es en verdad el Mesías. ¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! Somos seres para la vida. Amemos y cuidemos la vida propia y la ajena.

“Él irá delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán” (v 7). La fe consiste en ir a Galilea, encontrarse con Jesús y hacerse sus discípulos. Jesús ha realizado el reino que había proclamado. Jesús sigue vivo, y sus discípulos están invitados a encontrase con Él. Este nuevo llamamiento al encuentro con él, producirá alegría profunda que no puede ser oscurecida por cualquier miedo o temor, además nos hará discípulos misioneros del Señor. No miremos a Jesús desde lejos, hagamos camino tras él, y sigamos anunciado su amor por todos.

Detrás de esa horrorosa puerta del sepulcro está Jesús resucitado. Arriesguémonos a abrirla. Asombrados contemplemos los rayos de sol que entran aclarando nuestra vida y la vida de todos, y descubramos que la puerta se abrió definitivamente y nos muestra el camino que conducirá a la felicidad eterna... Felices Pascuas.